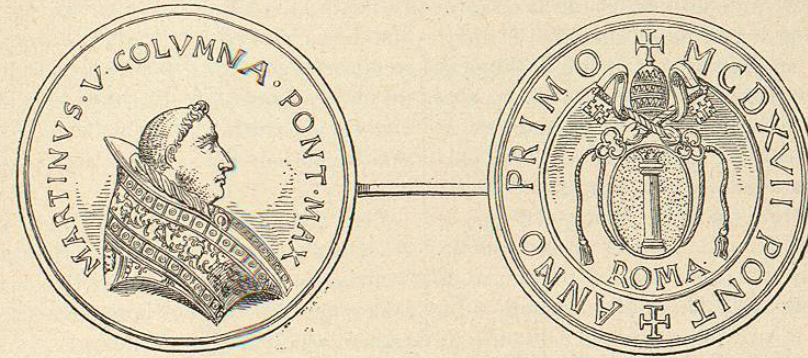


V.—Rehabilitación de Juana de Arco. *Fin de la guerra de Cien Años* (1)

El rey de Francia, cuando vió coronada su obra por la victoria, se acordó de Juana de Arco; bien es verdad que si se acordó de ella fué pensando en sí mismo, pues no quería permanecer bajo el peso de la sentencia dictada en otro tiempo en Ruán, que indirectamente le declaraba cómplice de una hechicera. Era preciso que la Iglesia revocara su fallo y proclamara la santidad de la Doncella. Dueño de Ruán y teniendo en su poder los archivos del proceso, el rey encargó en 1450 á un doctor en teología, Guillermo Bouillé, que practicara una información. Guillermo recogió algunos testimonios y compuso una memoria para la exaltación del rey de

de Coutances, y el inquisidor Juan Brehal, que desde hacía años venía trabajando en la rehabilitación. A fin de despojar aparentemente á la revisión de su carácter político, hízose que la solicitara la familia de Juana de Arco. El proceso, que duró muchos meses, fué en extremo solemne; convocóse á ciento doce testigos, á quienes se interrogó hábilmente de manera que no comprometiesen demasiado á los jueces de Ruán, salvo Pedro Cauchón y Guillermo de Estivet, que habían fallecido. Las declaraciones fueron un largo panegírico, prudente y bastante anodino, de las virtudes de la Doncella, y por fin, en 7 de julio de 1456, dictóse sentencia en el palacio arzobispal de Ruán declarando irregular en el fondo y en la forma el proceso de 1431.

Jamás sufrió el orgullo inglés golpes tan terribles co-



Medalla de restitución de Martín V

Francia y de la casa de Francia, al principio de la cual escribía:

«Por el honor del rey muy cristiano no puede pasarse en silencio una sentencia inicua, escandalosa y deshonrosa para la corona real, fulminada por aquel obispo de Beauvais que era el enemigo del rey y, como se ve en seguida, tenía sed de confundir al rey nuestro señor. ¡Qué mancha caería sobre el trono real si nuestros adversarios persuadían á la posteridad de que el rey de Francia acogió en su ejército á una hereje, invocadora del demonio!»

Mientras vivió Nicolás V, las informaciones y las gestiones cerca de la Santa Sede no dieron ningún resultado, pues aquel papa tenía motivos de queja contra el rey y por otra parte toda su política tendía á reconciliar á los cristianos para organizar la guerra contra los turcos, y por ende instigaba á Carlos VII y á Enrique VI á que hicieran la paz y no quería avivar sus discordias. Calixto III, que le sucedió en 1455, consintió al fin en la revisión del proceso con la esperanza de atraer de este modo á Carlos VII á la causa de la cruzada, y designó para entender de este asunto á cuatro comisarios incondicionalmente adictos al rey de Francia: Juan Juvenal de los Ursinos, arzobispo de Reims; Guillermo Chartier, obispo de París; Ricardo Olivier, obispo

(1) FUENTES.—Quicherat, *Procès de Jeanne d'Arc*, tomos II, III, V. Lanery d'Arc, *Mémoires et consultations en faveur de Jeanne d'Arc*, 1889. Stevenson, *Letters*. Además de las crónicas anteriormente citadas: Primera continuación de la Crónica de Berry, edición Godefroy.

OBRAS DE CONSULTA.—Historias de Juana de Arco citadas en el capítulo III. Belon y Balme, *Jean Brehal et la réhabilitation de Jeanne d'Arc*, 1893. De la Roncière, *La marine française*, tomo II. Oman, *Warwick the Kingmaker*, 1893.

mo en aquel período histórico: la pérdida de Normandía, aquella hermosa provincia tan ardientemente codiciada y reconquistada desde hacía tan poco tiempo; la de Aquitania, que era inglesa desde hacía trescientos años, y la proclamación de la ortodoxia de la Doncella que se había declarado emisaria de Dios contra los ingleses, eran otras tantas humillaciones inolvidables que hacían imposible la paz. Los ingleses no querían ratificar su decadencia con un tratado, y por su parte Carlos VII contestaba á los que en 1451 le preguntaban si algún día terminaría la guerra: «Esto depende de los ingleses que ocupan injustamente lo que me pertenece y que, Dios mediante, pienso recobrar.» El rey de Francia firmó en 1456 un tratado de alianza con el 1456 rey Cristián I de Dinamarca, quien se comprometía á facilitarle, en cuanto se los pidiera, un ejército y una flota para combatir á los ingleses, é intentó repetidas veces arrojar á éstos de Calais, su última posesión en el continente, habiendo logrado pocos meses antes de su muerte reunir en Gascuña tropas y buques para terminar la reconquista de su reino. Pero las disputas de Carlos con el duque de Borgoña, que, como veremos, le ocasionaron grandes cuidados, libraron á los ingleses de esta última mortificación. La batalla de Castillon señaló realmente el fin de la gran guerra. Durante los últimos años del reinado de Carlos VII, las hostilidades se redujeron á algunas insignificantes expediciones marítimas; los ingleses devastaron en 1457 la isla de Re y en aquel mismo año los franceses saquearon el puerto de Sandwich.

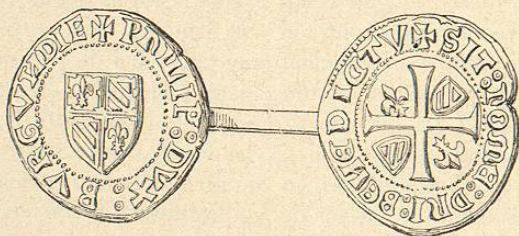
La guerra de las Dos Rosas paralizaba el poder de Inglaterra. Enrique VI, en el momento de perder por segunda vez la Guiena, se había vuelto loco, presentán-

do en su locura algunos intervalos de lucidez, como su abuelo Carlos VI. En 13 de octubre de 1453 Margarita de Anjou le dió un hijo, pero este suceso fué acogido por él con indiferencia. La locura del rey y este nacimiento de un heredero varón que descartaba del trono al duque de York precipitaron la explosión de la guerra civil. Ricardo de York, ayudado por Warwick, el *hacedor de reyes*, se apoderó de la regencia y acabó por declarar sus pretensiones á la corona; pero Margarita de Anjou defendió enérgicamente los derechos de su hijo y ambos partidos buscaron alianzas en el continente. Enrique VI se había casado con una francesa y había manifestado sinceros deseos de firmar la paz con Carlos VII. En 1455 comenzaron las negociaciones entre los partidarios de los Lancáster y un favorito del rey Carlos, el caballeresco Pedro de Brezé, antiguo familiar de la casa de Anjou, el cual prestaba á la reina Margarita el apoyo de su bravura y de su crédito en la corte de Francia; pero las bruscas alternativas de la guerra de las Dos Rosas hacían difícil toda negociación. La situación se aclaró á fines del reinado de Carlos VII: estaban á punto de concertarse una alianza entre Margarita y el rey de Francia y otra entre el duque de York y el duque de Borgoña: tocábales ahora á los ingleses el turno de llamar en su ayuda á los extranjeros. En el transcurso de medio siglo, una doble evolución había arrastrado á Inglaterra del orden á la anarquía y llevado á Francia de la anarquía al orden. Al presente era Inglaterra la que tenía un rey loco y una familia real cuyos miembros se disputaban el poder: la patria del Príncipe Negro y de Enrique V no era ya de temer y la guerra de Cien Años estaba realmente terminada.

Se ha pretendido en nuestros días que la expulsión de los ingleses fué una desgracia para Francia y que es-

ta, educada en la escuela de aquéllos, habría disfrutado antes de la libertad política y religiosa; pero los que así hablan no recuerdan bien lo que los ingleses hicieron en Francia, ni las condiciones impuestas á nuestro desenvolvimiento nacional por los siglos anteriores, ni finalmente lo que eran los ingleses en el siglo xv. Cabe lamentar que desde la Edad media no hayamos tenido los gustos y las tradiciones que, si no constantemente, por lo menos durante largos períodos, han constituido la fuerza y la dignidad de nuestros vecinos y asegurado á su país la prosperidad de la nación y la independencia del individuo; pero la cuestión está en saber si en el siglo xv podían y querían los ingleses transformar la Francia con ventaja para sus intereses futuros. Este es el problema. Pues bien, en tiempo de Enrique VI y de Carlos VII, Inglaterra caminaba, no hacia la libertad, sino hacia la anarquía feudal y la autocracia que de ella es consecuencia, y suponiendo que hubiese conquistado toda la Francia y que hubiese podido y querido, lo cual es más dudoso, modelarla á su imagen, no le habría hecho más que el triste regalo de nuevas guerras civiles.

Pero dejemos esas vanas hipótesis retrospectivas. En el siglo xv la mayoría de los franceses no querían la dominación inglesa, que consideraban injusta é intolerable y que los mismos borgoñones soportaban á regañadientes. En los momentos más sombríos hubo gentes valerosas que se sacrificaron para «impugnar» el tratado de Troyes, y posteriormente, cuando la suerte cambió, en las más apartadas aldeas quemáronse hogueras en señal de regocijo al tenerse noticia de los desastres ingleses. El triunfo de la antigua dinastía capeta fué festejada en todos los países de Francia y fué obra de todos: la adhesión al rey legítimo y las desgracias comunes habían hecho de Francia una nación.



Moneda de Felipe el Bueno, duque de Borgoña

LIBRO SEGUNDO

LA SOCIEDAD Y LA MONARQUÍA AL TERMINAR LA GUERRA DE CIEN AÑOS

La guerra de Cien Años despobló y arruinó á Francia, destruyó por muchos siglos centros de población, borró caminos y aniquiló multitud de monumentos, casas y objetos de todas clases que habían alegrado la vista y sido el adorno y la comodidad de la vida en la Edad media (1). Pocos pueblos civilizados han sufrido tantos desastres; pocos también se han levantado tan rápidamente de tan ruda caída. Los franceses, ha escrito Chastellain, son «prontos y activos en el trabajo y dispuestos en la fatiga... Tienen el cuerpo ágil, no con muchas carnes, ni soñoliento, ni perezoso ni tardío, sino siempre en obra, bien de manos, bien de inteligencia ó de palabra y de hecho.» La actividad desplegada por la población desde que fué posible trabajar, era á propósito para inspirar al cronista borgoñón aquel panegírico de la energía francesa, pues en realidad restauró no pocas ruinas. Pero también la guerra produjo efectos duraderos y de muy largo alcance, tales como un importante cambio de la riqueza en detrimento de los grandes propietarios de la Edad media, el clero y la nobleza, y en provecho de las clases laboriosas, y una profunda desmoralización que se tradujo por la persistencia de una gran criminalidad, por la perversión del sentimiento cristiano y por la decadencia de la Iglesia.

En la historia política, la guerra de Cien Años dió dos resultados sucesivos y contrarios, rebajando primero y engrandeciendo después el poder real. En medio de los desastres sin precedentes, los franceses se habían visto obligados en varias ocasiones á defenderse y á gobernarse á sí mismos, con lo cual se había despertado la iniciativa local, feudal ó municipal, y la institución, joven todavía, de los Estados generales y provinciales había alcanzado de repente una importancia de primer orden. Pero los franceses no trataron de mantenerse en las posiciones de este modo conquistadas á costa del poder real, sino que en el siglo xv no pidieron otra cosa que vivir tranquilos y perdieron, casi sin chistar, las libertades que tan caras habían comprado en la época de sus desgracias. Un ensayo de resistencia aristocrática, la *Praguerie*, fracasó lastimosamente y en veinte años pudo la monarquía, con rapidez prodigiosa, reconstituir todos los órganos de su poder, cubrir con las mallas de su administración casi todo el reino y crear impuestos y un ejército permanentes, vol-

viendo el rey de Bourges á ser para Europa el «rey de los reyes.» La inmensa mayoría de la nación habíase agrupado en torno suyo; la lealtad monárquica de Juana de Arco nos representa lo que era entonces el sentimiento popular: el patriotismo consistía en la adhesión al rey. Las tentativas realizadas por las asambleas de los Estados, por los señores y por las ciudades para organizar la resistencia á la invasión inglesa no habían sido estériles; pero sólo la realeza parecía capaz de librar á Francia de la anarquía y de la miseria, y en efecto la libró de una y otra.

CAPITULO PRIMERO

LA MISERIA Y EL TRABAJO AL TERMINAR LA GUERRA DE CIEN AÑOS

I. La escoria de la sociedad.—II. Las clases laboriosas. Los labradores y la propiedad territorial.—III. Oficios libres y corporaciones.—IV. Las minas y la condición de los mineros.—V. El comercio. Jacobo Coeur.

I.—La escoria de la sociedad (2)

En Francia como en todas partes ha habido siempre, y en la Edad media tanto ó más que en cualquier otra época, vagabundos, mendigos, estafadores y bandidos; pero el número de estas gentes aumentó, al parecer, considerablemente en nuestro país con la guerra de Cien Años. Millares de labradores que veían periódicamente devastadas sus cosechas, artesanos condenados á holgar á consecuencia de la miseria general, mercaderes repetidas veces desbaliados en los caminos, abandonaron sus campos, sus herramientas y sus negocios para hacerse, á su vez, mendigos ó bandoleros. La gue-

(2) OBRAS DE CONSULTA.—Hay un estudio de conjunto sobre las «clases peligrosas» en el siglo xv, en la Introducción de *Oeuvres de Villon, Le Jargon et Jobelin*, por Augusto Vitu, 1889; pero se observan en él muchos errores. Sobre los gitanos: estudios de P. Bataillard, «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes,» primera serie, tomo V, y tercera serie, tomo I; el *Journal of the Gipsy Lore Society*, 1889, y «Bulletin de la Société d'Anthropologie,» 1890. Sobre los mendigos: Enrique Sauval, *Antiquités de la ville de Paris*, tomo I, 1724, libro V. Sobre los estudiantes, los *coquillards* y la germanía: Douet d'Arceq, *Emeute de l'Université de Paris en 1453*, «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes,» primera serie, tomo V. C. Rossignol, *Histoire de Beaune*, 1854. S. Luce, *Les clercs vagabonds à Paris et dans l'Ile-de-France*, 1878. Longnon, *Etude biographique sur Villon*, 1877, y edición de las *Oeuvres de Villon*, 1802. Luciano Schöne, *Le Jargon de Villon*, 1888. Marcelo Schwob, «Revue des Deux Mondes,» 15 de julio 1892, y «Mémoires de la Société de linguistique de Paris,» 1892. Gaston Paris, *Villon*, 1901.

(1) Los archivos de Alais nos dan un ejemplo concreto de la disminución de la fortuna pública durante la guerra de Cien Años: los fondos imponibles en aquella ciudad valían 40.000 libras al comenzar la guerra, 26.369 en 1405 y 19.000 á mediados del reinado de Carlos VII (A. Bardou, *Histoire de la ville d'Alais de 1341 á 1361*, 1896, pág. 313).